Primavera

¡Se ruborizan las flores
por el alba sorprendidas...!

El cielo es una quimera;
suspira la tierra herida
al sentirse poseída
por la dulce primavera.

Y es el suspiro canción
de alocada algarabía.
¡Madre fecunda y bravía
que gimes enamorada
como virgen desposada
con la belleza del día!

En el macizo de lirios
la Aurora lla to ha vertido,
y el morado ha desprendido
lágrimas color de luz.
¡Ay lirios!, ¡llorad conmigo
a la dulce Primavera,
que sembró en mí la quimera...
.....
.....
.....
... de una nueva juventud!...

GREGORIO GALLEGO CEPEDA

Cómicos extremeños

EL CARACTER Y LA PROFESION

Pocos cómicos famosos ha dado a la escena española nuestra región. Hablando yo un día sobre esto con mi admirado e inolvidable amigo don José López Prudencio, me decía que en general el carácter extremeño no se presta al fingimiento y que rechaza por su excesivo individualismo y constante afirmación de su personalidad la transfiguración que demanda el teatro. Y opinaba que el cómico llega a sentir el mundo como una prolongación de la escena, perdiendo la autenticidad de su carácter.

Yo discrepaba de esta última aseveración y le citaba varios casos que a mi juicio la contradecían. Eleonora Duse, la actriz más sensible y quizás la más genial del pasado siglo, era en su trato de una transparente sinceridad. Era toda ella verdad; la verdad de su amor y su dolor y de su perenne dulzura. Y le refería también el caso de nuestro eminente actor Francisco Morano, cuyo trato era como el desquite de cuanto tenía que fingir en la escena, de sus artísticas mentiras profesionales. Le soltaba verdades al lucero del alba, con una sinceridad a veces brutal y desconcertante. No se podía dar carácter más auténtico, menos propicio al disimulo

Entre las muchas anécdotas que se cuentan del mal genio y la intemperancia de Morano, recuerdo ésta que lo define como ninguna. Una noche, representando una de sus obras preferidas, observó que un señor en una platea-proscenio estaba leyendo tranquilamente un periódico. Se había retirado un poco para que no lo viera el público, pero lo veía Morano desde la escena. Ante el desaire del espectador, nervioso, no pudo aguantar más y acercándose a la platea le arrancó el periódico de las manos, gritando con su voz de trueno:

¡¡Mamarracho!!

Raquel Méller, la gran atriz de la canción, que parecía mudar de alma en cada cuplé y lo mismo era una monja que una modistilla, una gran dama que una mujer del arroyo, es en su trato particular de una franqueza temible. Por desagradable que sean, dice sus verdades sin preocuparse lo más mínimo del efecto que puedan causar y del daño que puedan acarrearle.

Cuando actuaba en el teatro Lara de Madrid, se presentó en su camerino el marqués de Viana para invitarla en nombre del rey don Alfonso a que cantara en una fiesta de palacio, Raquel le contestó:

—Dígale usted al rey que como no ha venido a verme, yo no voy a palacio. La misma distancia hay de palacio a este teatro que de aquí a palacio.